



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Mi Padre, Mi Esposo

PESQUISAS SAGRADAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En su niñez, mi Padre fue cuidado por sus abuelos durante temporadas. Le gustaba caminar: subía cerros acompañado de un primo, en la adolescencia. Salían por la mañana y regresaban al atardecer. Llevaban sus botas Federicas. ¿Las llamaban así por feas? No lo sé, pero cuando mi Padre enfermó, en la última parte de su vida, le sacaba tremendos sustos a mi Madre porque se levantaba de la cama para ponerse sus zapatos: decidido a salir de casa para ir al centro a comprar sus botas Federicas. Mi Padre ya no estaba en condiciones de andar solo en la calle y mucho menos de trepar a un camión, a pesar de que casi toda su vida anduvo en camiones. Fue un abogado honesto, poco dinero hizo en vida; y aunque no es precisamente el tema de este texto, debo decir que ciertas condiciones se requieren para amasar fortunas en este mundo y cualquier tipo de riqueza financiera. Por citar un ejemplo: el hombre más rico de este planeta es también el mayor charlatán que ha visto la historia del mundo de los negocios. Es el falso profeta del que habla el Apocalipsis.

Durante su infancia, mi Padre tuvo amigos con quienes se reencontró mucho tiempo después, incluso en esta última etapa de su vida en la que me tocó despedirme de él: su último año y medio de vida. Pude ver a uno de sus amigos venir a la casa a derramarle lágrimas cuando estaba en cama, sin despertar, justo cuando yo llegué a Monterrey hace año y medio. Y mi Padre, con ayuda de un fisioterapeuta y, sobre todo, con los cuidados de mi Madre, logró levantarse nuevamente y extender su estancia en la Tierra durante dieciocho meses más. Primero partió aquel hombre de las lágrimas.

El escurridizo vaivén del destino llevó a mi Padre por diversos trabajos a lo largo de su vida: fue apoderado legal de algunas empresas, profesor universitario, articulista de opinión política en periódicos de circulación nacional; pero siempre, litigante independiente. Nunca muy exitoso. Me tocó verlo defenderme en un asunto de acoso laboral y sacó las garras como nunca lo vi hacerlo, excepto por mi hermana, en otro asunto de orden civil. Toda su vida fue abogado defensor de causas perdidas, (un hombre que nunca jugó ajedrez, pero que hubiese sido capaz de sacrificar una torre en una partida, por una posición estratégica, a veces sin mucha certeza táctica; todo por ganar tiempo). Una de las frases que más le recuerdo: "No hay peor lucha que la que no se hace". Fue un luchador contracorriente toda su vida. Y aunque él estaba muy orgulloso de sus papeles de litigio, me parece que a Dios lo que le enorgullecó más de su trabajo fue su opinión política. Pero era capaz de citar a Montesquieu y a cualquier Filósofo del Derecho en sus litigios.

Luchó batallas contra el Sistema Judicial Mexicano, demandó a jueces, magistrados, gobernadores y hasta presidentes, en el sistema judicial internacionalmente más conocido por su



podredumbre. Y, sin embargo, respetaba a algunos miembros de la Suprema Corte. Por supuesto, no a las ratas de abolengo, ni a plagiarias, ni a mediocridades en dos patas.

Me parece que mi Padre siempre supo quién era él. Y sabía bien quién era yo; pero nunca me lo dijo. En su lecho de muerte, eso fue lo último que le dije al despedirme. "Ya sé quién soy, Papá". Él no podía hablar, ni abrir los ojos; pero apretó mi mano con mucha fuerza.

Tan solo un par de días antes había sido transferido a un cuarto. Abrió los ojos y nos vio a mi Madre y a mí frente a él. "Cierra los ojos dos veces si puedes escucharme, Amor", le pidió mi Madre. Así hizo él, abrió y cerró los ojos dos veces, por última vez en su vida.

Mi Padre sabía dibujar a lápiz algunas figuras de memoria: indios y vaqueros, paisajes y edificios rústicos. También le gustaba la música; pero nunca tocó un instrumento. Se afinaba y cantaba con algunas canciones de El Trío Argentino, Daniel Santos, Ray Charles, Roy Orbison, Barbra Streisand y algunos otros. Mi Padre nunca estuvo en una sala sinfónica, excepto cuando Minería tocó mi obra "Hacia una Nueva Esperanza" en la Nezahualcóyotl, y la Iberoamericana, "Homenaje y Profanaciones", en la Manual M. Ponce de Bellas Artes. Mi Madre dijo alguna vez que mi memoria, "Héroe de Cien Batallas", estaba dedicada a él.

Aunque mi Padre nunca reconociera en público la existencia de Dios, comprendo lo mucho que sabía de Él a través de una de las frases que mejor le recuerdo: "Al triunfo y al fracaso hay que tratarlos como lo que son... como dos impostores".

VEINTITRÉS DE ENERO DE 2025

OLGA DE LEÓN G.

La madrugada del jueves, sonó mi teléfono celular; una voz femenina preguntó por mí, ¿es usted, la esposa del señor Carlos Ponzio Elizondo? Asentí,

con la voz temblorosa, esperando lo que ya temíamos mi hijo y yo. Y la voz calma y suave continuó, ¿cómo se llama usted? Respondí con mi nombre completo, el nombre de nacimiento, el que nunca se pierde. Enseguida se identificó ella: soy la doctora Alexandra... ¿Anda usted por acá, en el hospital? No doctora, el doctor le dijo a mi hijo que ya no fuera a las siguientes citas: la de la tarde y la madrugada, que en la mañana nos veía... ¡Pero, por favor!, ya dígame, ¿qué pasa?, ¿qué se necesita o qué se ofrece?

Lo tan temido y sin embargo también esperado y, no obstante, nunca en realidad deseado, escuché entre medio dormida, muy nerviosa y alterada, en voz de la doctora Alexandra: su esposo acaba de fallecer. ¿Podrían acercarse al hospital lo más pronto posible? Hubo silencio de mi lado. No podía hablar... Luego nerviosamente dije, debo avisarle a mi hijo, me parece que se está bañando... Yo estaba dormida, le dije a ella... Y no, no estamos cerca, nos tardaremos como cuarenta y cinco minutos o más, en llegar... No sé.

Seguí hablando: -a qué hora murió y cómo se dieron cuenta. -Los doctores pasaron a su cuarto y lo encontraron ya sin signos vitales. ¿Fue infarto? Pues, puede decirse que sí. ¿A qué hora? A las doce de la noche con treinta y ocho minutos de hoy jueves, veintitrés de enero.

Eran las doce con cuarenta y siete minutos cuando la doctora me llamó. Un corto silencio de ambos lados, con sollozos ahogados casi imperceptibles, del mío. Finalmente accedí -sin que se lo solicitara- a que pudiéramos llegar dentro de una hora y media o dos.

Yo creía haber estado viviendo una larga pesadilla de más de dos años. Ingenua de mí, la pesadilla real apenas comenzaba: dejar ir a alguien que ya se ha ido, un ser querido con quien compartiste la vida durante más de cincuenta y dos años de matrimonio, o muy cerca de sesenta, si contamos desde que nos

conocimos y lo que duramos de novios. No es nada sencillo, a pesar de que sabíamos que el desenlace no tardaría mucho; y que además sería lo mejor para él, quien estaba sufriendo demasiado. Pero, a pesar de mi carácter realista y mi objetividad en el juicio, no dejaba de pensar en que algún milagro increíble podía aún sobrevenir. ¡Autoengaño total!

La gente que siempre estuvo cerca, mis hijos (particularmente el hijo, quien vivió con nosotros el último año y medio) y mis amigas más próximas, no se cansan de repetirme que debo sentirme bien conmigo misma, pues cumplí en forma excedida mi desempeño de esposa y cuidadora, en los años que estuvo enfermo... y aun antes, pues jamás lo abandoné a su suerte. Pero, no es así, me reclamo tantas cosas, como el no haber estado a su lado en el momento de su partida final, y; ¡cómo duele!

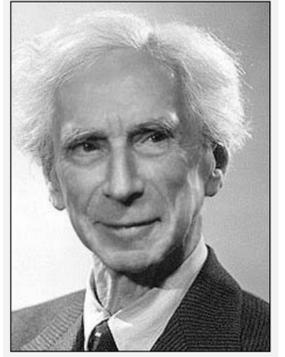
Durante el período que estuvo enfermo, lo vi como siempre fue: fuerte, valiente y a ratos impenetrable, no se mostraba, no daba a entender cuánto soportaba; quería darme gusto: ¡creer junto conmigo en los milagros! Hasta que ambos nos desencantamos, la realidad nos ubicó cruelmente y de golpe.

Ahora, la casa se siente medio vacía. Mi principal motivo de vida ya no está aquí. Él ocupó todo mi tiempo durante más de dos años y medio. Sé que empieza una nueva etapa para mí. Ahora el tiempo es totalmente mío, y aunque no sé exactamente cómo empezaré, sí sé que muchas cosas van a cambiar: yo tengo que adaptarme a esta nueva etapa. Pero, no estaré del todo sola, no solo porque mi hijo me acompañará, sino porque Carlos padre siempre estará aquí, en mi corazón y en mi pensamiento. A él le brindaré cada nuevo día, cada logro que alcance.

Me amó como pocos hombres saben amar a una sola y única mujer. Yo lo amé mucho después, cuando me di cuenta de su calidad humana y su desinterés por lo material; a pesar de que esto último fuera parte de lo que me molestaba de él, porque a ratos sentía que era solo yo la que tiraba de la carreta. No me daba cuenta de que él siempre iba por delante de mí.

Fue una excepción en su propia familia: Nadie como él. Y ni algunos de ellos, los de su familia, lo conocieron realmente; pero, afortunadamente, otros sí. Era feliz dando, regalaba su trabajo, por más que existen sujetos que lo vilipendiarían injustamente, fue recto y justo a carta cabal, siempre: son más los que esto atestiguan, que lo contrario. Nunca pretendió el poder ni peleó por capital; las ideas eran lo suyo, la verdad, la justicia y la honestidad. Amante de la historia y defensor de los que a nadie tenían para defenderlos. Pero, no era ciego, y nunca renegó de algún rico, por ser rico, sino solo si era injusto y mentiroso, es decir, faltó a la verdad y las leyes.

Una de sus frases que para mí fue de las favoritas, es la que decía cuando iba a defender lo indefendible, no te preocupes: "ninguna ley está por encima de la Constitución".



Bertrand Russell

(Trelleck, 1872 - Plas Penrhyn, 1970) Filósofo y matemático británico. Su abuelo, el notable político y orador John Russell, había sido nombrado conde por la reina Victoria I de Inglaterra, y desempeñó los cargos de primer lord del Tesoro y primer ministro. Los padres del joven Bertrand, de mentalidad liberal con ciertos matices radicales, hubieran deseado para su hijo una brillante carrera política. Y así, luego de la formación recibida en el Trinity College de Cambridge, el joven fue enviado en 1888 y para largo tiempo a los Estados Unidos, a fin de que pudiera estudiar allí la vida política y las instituciones del país.

De nuevo en la patria, y en calidad de "fellow" en el Trinity College, se vio alejado de tal institución en 1916 debido a la actitud pacifista intransigente adoptada en el curso de la Primera Guerra Mundial. Ello le valió asimismo cuatro meses de cárcel, durante los cuales redactó su Introducción a la filosofía matemática (Introduction to Mathematical Philosophy, 1919).

Anteriormente, en 1900, había publicado un importante libro acerca de Leibniz, y en 1910 Principia mathematica (en colaboración con el filósofo Alfred North Whitehead), texto que proponía una interpretación "logística" de las matemáticas. Dicha tesis de la reducción absoluta de tal ciencia a lógica había sido también sostenida en Principes of Mathematics, en 1903. La "teoría de los tipos", la de los números como "clases de clases" y la "paradoja de Russell" fueron los resultados más significativos de esta amplia labor de investigación.

En 1920 nuestro autor se hallaba en Rusia. El mismo año llegó hasta Pekín, y en tal ocasión fue considerado muerto por numerosos periódicos europeos; ello se redujo, en la realidad, a una mera pulmonía. Vuelto a Inglaterra, el filósofo publicó, entre 1921 y 1927, algunos libros que difundieron ulteriormente su celebridad: Análisis de la mente (Analysis of Mind, 1921) y Análisis de la materia (Analysis of Matter, 1927). Con su segunda esposa, Dora Black, con la cual contrajo matrimonio en 1921 (en 1894 se había casado con Alys Smith), estableció en Londres, de 1927 a 1932, una escuela infantil inspirada en una pedagogía progresiva y despreocupada.

Además de las investigaciones de carácter lógico-matemático, Bertrand Russell había en efecto cultivado, y con singular fortuna, el estudio de problemas sociales y ético-políticos, y publicado, en consecuencia, textos como Matrimonio y moral (Marriage and Morale, 1929), La conquista de la felicidad (The Conquest of Happiness, 1930) y La educación y el orden social (Education and the Social Order, 1932).

En 1950 recibió el premio Nobel de Literatura. En 1952, a los ochenta años, se unía en cuartas nupcias a Edith Finch, y en 1953 publicada la novela Satanás en los suburbios y otras narraciones (Satan in the Suburbs and Other Stories). En 1955 dio a la imprenta el testamento espiritual de Albert Einstein, y se manifestó abiertamente en favor de la prohibición de la guerra atómica y de los conflictos bélicos en general.

*ad pédem literae*

Hay una cosa más terrible que la calumnia: La verdad

Charles Maurice Talleyrand

Letras de buen humor

Los científicos se esfuerzan por hacer posible lo imposible. Los políticos por hacer lo posible imposible

Bertrand Russell

Elmer Mendoza

## José Emilio Pacheco y El principio del placer

Hace 11 años y cuatro días, José Emilio Pacheco dejó en claro que era inmortal. Un día de algún año, nos encontramos en la FIL de Guadalajara y le di un abrazo. Acababan de distinguirlo con el premio Cervantes y nos causó una gran felicidad. Me confesó que leía EL UNIVERSAL y, por supuesto, mi columna. ¿En serio? Le di las gracias. Enseguida me señaló que era importante porque pocos escribían sobre libros de escritores mexicanos; que no dejara de hacerlo, que era muy necesario. Ucha. Lo abracé de nuevo y le prometí que mientras EL UNIVERSAL me lo permitiera escribiría sobre los nuestros y sobre los libros de amigos de otros países. Como ven, ahora escribo sobre El principio del placer y otros cuentos, publicado en 1972 y ahora por Tusquets Planeta, en junio de 2024, en México. Nobleza obliga.

Son seis relatos que expresan un mundo narrativo inmarcesible. El que abre es lo que le ocurre a un joven que se enamora perdidamente de una chica que se llama María Luisa. Hay besos, caricias, prohibiciones, revelaciones y misterio. Cuando lo lean o lo releen, no dejarán de pensar en las relaciones en los años 50. En el segundo cuenta la historia de un par de amigas capicúas. Tremenda

historia. Similar a la que le tocó vivir a usted en la secundaria y su vida no era lo que es ahora. El tercero es de los mejores. Contiene elementos negros y fantásticos. Un escritor fracasado recibe una llamada de otro escritor fracasado que ahora es jefe en una revista. Le pide un cuento. Escribe La fiesta brava, una historia llena de símbolos. Una noche se lo entrega y se lo rechaza. El pasado que los une incluye una mujer hermosa con la que el segundo se casó. Le resultará excelente descubrir cómo la mujer se mantiene entre ambos y el final. No pueden perderse el final. Es el extremo de una elipse genial. Seguramente, cuando lea este cuento, se preguntará sobre José Emilio Pacheco, que nació en la CDMX en 1939 y de allí partió en 2014. Un autor que definió una época junto con Sergio Pitlor, Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Fernando del Paso. Por supuesto que todos fueron nuestros maestros.

El cuarto cuento es una especie de sueño prolongado en que un niño genio toca el clavecín, sus compañeros lo detestan y cuando es adulto. ¿Saben qué le pasa cuando es adulto? La verdad, no es tan revelador como lo que le ocurre al narrador. Cuando lo lean, es muy proba-



ble que todas sus preguntas tengan respuesta. Lo mismo pasa con el quinto cuento, donde lo terrible se convierte en fantástico y lo fantasmagórico en una fea del siglo XIX. Revela que, "En México siempre que se busca un cadáver se encuentran muchos otros". El sexto implica una hermosa canción, La Paloma, pueden escucharla con Nana Mouskouri. Si la quieren menos clásica, busquen el video de Nana con Julio Iglesias. Ambas en Internet. Los cuentos de José Emilio son auténticas joyas que estimulan la inteligencia y la memoria.

Una prueba muy potente de que la literatura mexicana tiene un lugar en el mundo porque los hombres y mujeres que la crean son geniales. Les será fácil percibir la finura del estilo y cómo la capacidad de contar se abre paso en cada línea de los textos. Si usted cree que tiene derecho a ser feliz, a tener esperanza de que nuestro país no se hundirá en la estupidéz o en la violencia, leer este libro le hará sentirse en un mundo civilizado. Me alegra decirles que el martes, hasta las 20 horas, no se cometieron delitos en Culiacán.